

Con ésta su segunda novela –anterior fue su premiada 1891: *Entre el fulgor y la agonía*, en prensa, tiene una biografía novelada de Isabel Riquelme– Juan Gabriel Araya viene a sumar su nombre al de todos aquellos que, como los recordados más arriba, buscan rescatar nuestro pasado inmediato en un intento por comprender el presente y proyectarse en los caminos de lo venidero.

<https://doi.org/10.29393/At475-17DBMC10017>

LOS DOS BORGES. VIDA ENIGMAS SUEÑOS DE VOLODIA TEITELBOIM

(Santiago, Editorial Sudamericana Chilena, 1996)

MARCELO CODDOU
Drew University

Volodia Teitelboim en la preparación de este libro enfrentó varios desafíos: el tener que reducirse a fuentes bibliográficas, a diferencia de sus trabajos anteriores –sobre Neruda, la Mistral y Huidobro–, en los que el despertar de la memoria jugara papel importante; el justificar su indesmentida admiración por la obra de un autor situado en las antípodas de lo que se sabe son sus preferencias personales; el procurar decir una palabra inédita sobre un escritor al que se le han dedicado miles de páginas de estudios en decenas de libros que parecían haber agotado toda opción de análisis novedoso.

Y lo admirable es que el ensayista haya superado tales desafíos. El más importante, el de las distancias ideológicas, conseguido a través de una decidida voluntad de apreciar la índole del talento de Borges, precisamente aquello que hiciera pedir a Neruda: *que se conduzcan todos con el mayor respeto por un intelectual que es verdaderamente un honor para nuestro idioma*. Y es justamente con actitud de *respeto* que Teitelboim realiza su estudio. Trata de comprender cada paso del contradictorio escritor argentino: son sus contradicciones las que más subraya; de allí el título de su libro: *Los dos Borges*. Y lo hace desde una perspectiva siempre atenta al doble trasfondo en que le parece debe situarse su pensamiento literario: el amplio y abarcador del contexto sociopolítico-cultural de la extensa vida de Borges (nunca desarrollado con minucias de historiógrafo, por fortuna para el lector), y el más concreto e inmediato de las lecturas con las que el autor de *El aleph* armara –por oposición, asimilación o parodia– su propio discurso indagatorio de la realidad a través de la palabra poética y de la palabra de la ficción, esa que lleva el mismo sello en su escritura ensayística (no debe olvidarse que para Borges hasta la metafísica era una rama de la literatura fantástica).

Una de las singularidades de esta biografía es que, si bien acata el designio del género de transitar por un decurso cronológico –aunque no en un sentido riguroso de maníaco de la sucesividad lineal–, va moviéndose con rara libertad por los caminos de las digresiones. No obstante su persistente atención a la figura central –el Borges objeto de estudio, vida, obra y pensamiento, incluidos sueños–, precisamente por no querer verla escindida de su

circunstancia de muy compleja índole, procura entenderla en sus conexiones con *otras* vidas, *otras* obras, *otros* pensamientos. Ello lleva al autor a enriquecer notablemente su libro, pues en él encuentran sitio, con mayor o menor desarrollo, escritores que de uno u otro modo estuvieron ligados a Borges. Aparecen así viñetas que se constituyen en verdaderos mini-ensayos sobre los autores considerados: Macedonio Fernández, Raúl González Tuñón, Roberto Arlt, Lugones, Manuel Rojas y un extensísimo etc. En ocasiones el lazo de éstos con Borges es mínimo, casi inexistente, pero a partir de un detalle que juzga significativo Teitelboim desarrolla una extensa reflexión. Así, por ejemplo, con Manuel Rojas: éste nació en Boedo y como se ha estado estudiando la famosa polémica –para Borges falsa– *Boedo-Florida*, es desde el recuerdo del novelista chileno que nos aproxima al espacio bonaerense de esos instantes, O, cuando está atendiendo a Evaristo Carriego, establece un paralelo comprensivo con Pezoa Véliz, de verdad interesante. Son líneas que se expanden como rayos desde un punto concéntrico. Esto da al libro un movimiento de diástole y de sístole –siempre con Borges como referencia última– que mantiene muy viva la escritura. Mini ensayos pueden considerarse también reflexiones muy bien fundamentadas que propone sobre asuntos tan diversos como son, entre muchos otros: la posible lectura intertextual entre *El nombre de la rosa* de Eco y “La Biblioteca de Babel”, o sus apuntes sobre *El jardín de los senderos que se bifurcan* y la física cuántica.

Pero no sólo se multiplican las figuras de escritores. Teitelboim discute cada tema de los muchos que a Borges interesarán: concepciones filosóficas, variedades de los géneros literarios, desarrollo del cuento fantástico en la Argentina, etc., hay un aspecto al que explicablemente el escritor político que es Teitelboim atiende con especial cuidado: precisamente el de las posiciones al respecto asumidas o no asumidas por el poeta de *Fervor de Buenos Aires*: anarquista y comunista se declararía en su juventud, descreedor de la democracia, para él *abuso de la estadística*, entusiasta por momento de las dictaduras militares y luego acervo negador de ellas. Al episodio –triste episodio– de Borges en el Chile de Pinochet, el autor le dedica documentadas páginas y sostiene mantenidamente que él habría sido decisivo para que Borges no obtuviera el Nobel. Teitelboim quiere restarle valor a los argumentos de quienes postulan que Borges constituye monopolio de la derecha, tanto como insiste en lo limitado que le significa a la izquierda haberse acostumbrado a verlo como un hombre situado en la trinchera contraria, intentando descalificarlo como *representante de la oligarquía terrateniente, autor de una literatura gratuita, aristocrática y alienada*.

Preocupación también recurrente de esta biografía es la difícil forma con que a Borges se le dio la sexualidad. En su tratamiento del tema el estudioso echa mano en forma inteligente a lo ya abundantemente considerado por otros, desde amadas que publicaron cartas suyas, hasta referencias y reflexiones de psiquiatras. Reproduce la respuesta que alguna vez Borges diera a quien le consultara por qué en su obra casi no aparece el sexo: *supongo que la razón es que pienso demasiado en él. Cuando escribo procuro alejarme de sentimientos personales*.

En su consideración de tantas facetas el autor logra mantener máxima ecuanimidad, la que resume muy bien una frase escrita al promediar de su estudio: *no es un héroe ni un antihéroe. Simplemente un atormentado por la complejidad de existir. Su deber intelectual es ser Borges. Su apertura al mundo la hace a través de la literatura*. Tras muchos y muy minuciosos análisis, Teitelboim concluye por aceptar lo que los estudiosos borgianos se

saben muy bien: que Borges —ese *introvertido esencial, individualista ilustrado*, que nunca deja de ejercer su derecho a *ser distinto*—, se alimentó del recuerdo libresco, apartándose del acontecer cotidiano, negando la realidad, viviendo a plenitud la locura de las letras. Algo que, concluye el estudioso, *lo enriquece y a la vez lo ensombrece*. De riquezas y de sombras habla este libro, estupendamente escrito, no con prosa de pesadez profesional sino con aliento de artista de la palabra. Teitelboim vuelve a demostrar que para ningún género hay recetas establecidas —como lo postularan los preceptistas neoclásicos del XVIII y despistados de hoy parecen seguir aceptando— y su biografía, de verbo ágil, resulta una muy válida propuesta de lectura (por lo menos sugerente y polémica) de ese *hombre-libro* que fuera Borges.